

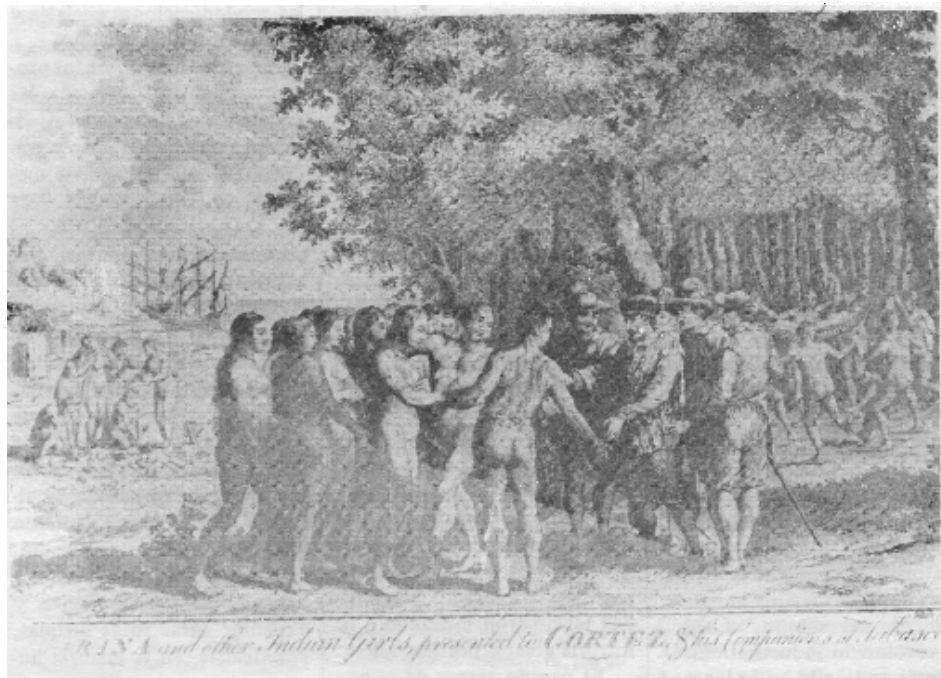
Carlos García Mora**

A propósito de la invasión española de América

En el siglo XVI, la sociedad española dejó de estar circunscrita como unidad política a la península ibérica, al convertirse —junto con sus colonias de ultramar— en una realidad mayor: el imperio español. Habiendo sido esto así, los antecedentes de la Nueva España, una de las colonias de este imperio, se remiten a la historia de las sociedades peninsulares. En efecto, aunque la sociedad novohispana tuvo sus características propias, derivó en parte de un proceso civilizador cuya génesis cristalizó en la meseta castellana, para después desbordarse en América, donde se encontró con otras civilizaciones. Por ello, las sociedades constituidas en el continente americano —a raíz de la conquista española de éste— formaron parte de la evolución y expansión de los reinos ibero-católicos.

La península ibérica fue el extremo occidental del continente euroasiático, el contacto africano de éste, la orilla noroeste del crisol mediterráneo y la última tierra continental antes de caer en el Océano Atlántico, rodeada por mares, separada del bloque europeo por los macizos pirenaicos y fraccionada regionalmente.

La historia peninsular presentó tanto discontinuidades como diversidad social y cul-



tural. El poblamiento remoto con comunidades cazadoras recolectoras y posteriormente, agricultoras, formó parte de un proceso social y cultural antecedente. Después, iberos, celtas, fenicios, cartagineses y griegos se sucedieron en el tiempo por caminos diversos.

Decisiva para el destino de la península fue la incorporación de su espacio y de sus hombres al ámbito imperial de Roma y su consiguiente latinización bajo la forma de Hispania, como la llamaron los romanos. Entonces se constituyó la base sociocultural de la futura España. La tradición latina y, a través de ella, la tradición cristiana, permanecieron como hilos para luego ser anudados a los inicios sociales y culturales de los reinos católicos. En el interin, el epigonismo visigodo se amarró a estos hilos, aportando otra de las peculiaridades ibéricas, como una de tantas influencias de orígenes diversos.

A esas tradiciones europeas básicas se sumó otra penetración: la musulmana. Y aun este aporte fue heterogéneo, pues era un conglomerado de influencias de grupos étnicos y culturales variados e incluyó las de grupos no árabes,

como los beréberes. Además, el influjo morisco debió sor- tear disgregaciones políticas, aunque una cultura musulmana de síntesis pudo sobrevivir. Otro aporte fue el judío. De hecho, una armonización de Oriente y Occidente se produjo durante la convivencia en la península ibérica de las tradiciones latinocristiana, hebrea y musulmana.

Sobre ese escenario se dio el proceso de formación, destrucción, reconstrucción y unificación de los señoríos y reinos ibero-católicos, mientras éstos luchaban por prevalecer sobre el poder musulmán. Precisamente, en ese proceso se gestó el proyecto castellano aragonés de hegemonía sociopolítica, económica y cultural. Pese a los vericuetos de ese nacimiento, terminó predominando la unidad peninsular en el seno de Europa. La vocación unitaria en los reinos católicos frente al proyecto islámico, se expresó en un símbolo político: el Mio Cid, figura de la voluntad castellana en los procesos contradictorios de disgregación y congregación. Los linajes y los feudos, la hidalguía y la lealtad al rey, fueron las manifestaciones de esa sociedad en construcción.

Aquí germinó la sociedad conquistadora. Baste conocer los intentos que hizo la nobleza castellana de poner sistemáticamente por escrito, una ordenación global de la sociedad, la cultura y la historia, en términos de las pautas marcadas por los reinos católicos y sus alianzas europeas.

Todo ello en la perspectiva de la reconquista ibero-católica del seno peninsular, luego prolongado con la construcción del dominio español de ultramar. Hacia fines del siglo XV, la victoria del proyecto unificador bajo la hegemonía de los reinos de Castilla y Aragón, fue el punto culminante de un proceso y el inicio de otro. En efecto, entonces nació el futuro de una potencia europea, la primera de la modernidad, la España castellana, vanguardia imperial de su época:

Nada más, ni nada menos. Es inútil poner adjetivos a un hecho de tanto relieve. Vista desde el extranjero, la antigua Hispania [. . .] tenía ya una sola voz y una sola voluntad. Y ello bastaba (Vives: 99).

Precisamente, durante esa encrucijada se pudo empezar a hablar de una España propiamente dicha, cuando ésta

*Versión revisada de un ensayo preparado para el curso: "La conquista de México (Antecedentes españoles)", impartido por la historiadora Beatriz Ruiz Gaytán, en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, en la UNAM (1983).

**Departamento de Etnohistoria

se estableció en la llamada modernidad europea. Así fue como apareció la idea de España, durante la evolución social específica tenida lugar en la península ibérica.

En este horizonte, en el de la épica de la España europea, la colisión con América tuvo tal trascendencia que, a partir de entonces, se inició el ensamblaje definitivo del mundo integrado a un todo. Tremendo reto para una sociedad aún cargada de su herencia medioeval, enfrentada a la modernidad y a la universalidad. El imperio español contribuyó a iniciar la culminación del eslabonamiento de la humanidad. Tal fue su papel histórico: completar la esfera terráquea, borrar los antiguos linderos del mundo.¹ Luego, la revolución industrial entretejería todo ello entre las mallas del primer sistema económico mundial.

Las sociedades americanas

¹Marcelino Menéndez y Pelayo, cit. en Quirarte: 63.

se engarzaron en esta trama. En vez de adaptarse la sociedad hispana a las sociedades americanas, éstas se integraron a la sociedad y al proyecto de los vencedores. A pesar de los deseos reivindicadores de algunos, para quienes la formación de la Nueva España ocurrió exclusivamente desde la perspectiva de las sociedades americanas, la historia cierta de España y América recoge hechos objetivos. Uno de ellos fue el de la condensación y explosión de un proceso civilizatorio, originado en Europa, el cual culminó con la construcción de la universalidad como realidad, es decir, como sistema mundial. De esta manera, pese cuanto pese, las sociedades americanas terminaron entrando a la historia abierta por Europa.

El pasado carece de la posibilidad de mostrar los deseos políticos contemporáneos. El pasado sólo contiene los hechos consumados, aunque disgusten a quienes desean ver ya plasmadas en él

las reivindicaciones sociales y políticas venideras.

La comprensión de los procesos conformadores de las realidades nacionales en América es un conocimiento estratégico, el cual se obtiene mediante un análisis imparcial de los acontecimientos. Ello es particularmente importante, sobre todo cuando se decide la dirección que los pueblos americanos podrían seguir, para intentar ejercer su derecho a determinar un destino propio, a la medida de sus necesidades y aspiraciones. La tragedia americana radica en la imposibilidad pasada de alcanzar dicha meta. Solamente una voluntad libertaria podrá, si "Occidente" no destruye antes el planeta, condensar y expandir otras rutas propias, americanas, en la historia humana.

BIBLIOGRAFÍA

Alfonso El Sabio, "Las siete partidas", *Antología de Af-*

fonso X El Sabio, 5a. ed., pról. y ed. Antonio G. Solalinde, Madrid, Espasa Calpe, 1966, p. 151-78 (Col. Austral, 169).

Castro, Américo, *Origen, ser y existir de los españoles*, Madrid, Taurus Ediciones.

Lacalle, José María, *Los judíos españoles*, Barcelona, Sayma Ediciones y Publica-



ciones, 1961, 172 p. (Panorama A-Z, 1).

Menéndez Pidal, Ramón, *El Cid Campeador*, 5a. ed., Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1964, 246 p. (Col. Austral, 1000).

Prescott, William H., *Historia del reinado de los reyes católicos, D. Fernando y Da. Isabel*, trad. Atilano Calvo Iturburu, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig Editores, 1855, 436 p.

Quirarte, Martín, *El problema religioso en México*, 2a. ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980, 408 p.

Ruiz Gaytán, Beatriz, "La conquista de México (Antecedentes españoles)", apuntes del curso impartido por... México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, Ms., 1983.

Sánchez Albornoz, Claudio, *El islam de España y el Occidente*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1974, 224 p. (Col. Austral, 1560).

Vicens Vives, Jaime, *Aproximaciones a la historia de España*, Madrid, Editorial Vicens Vives, 1976.

MUSEO DEL VIRREINATO

BOLETIN OFICIAL DEL MUSEO NACIONAL DEL VIRREINATO TEPOTZOTLÁN, EDO. DE MÉXICO, JULIO 1987/NÚM. 0



El museo y la comunidad

El nacimiento de este boletín, y su primer número así lo ha sido, obedeció principalmente al deseo de establecer un vínculo para difundir y hacer más accesible al público el patrimonio del Virreinato, haciéndolo llegar a un círculo más amplio de personas. Como es sabido, una función social de los museos es promover un mayor conocimiento de las manifestaciones materiales y espirituales de la cultura, postulando una comprensión y visión más completa del desarrollo histórico y actual de la nación y del mundo.

En segundo lugar, responde también a la necesidad de crear un espacio en el cual público y funcionarios puedan dialogar, opinar y compartir, en beneficio de la "vida" en estos tiempos y la comunidad. En estas páginas el lector podrá encontrar datos

El Colegio Seminario de Tepotzotlán

México de España

Los primeros jesuitas llegaron a México en 1572. Después de dos intentos fallidos por parte de don Vasco de Quiroga — gran administrador de la Compañía de Jesús —, el obispo don Luis de Velasco y don Juan de Villaverde mandaron muy pronto de la Nueva España a los jesuitas, quienes en 1574 fundaron el Colegio Seminario de Tepotzotlán. Los jesuitas de la Compañía, a partir de 1576, se ocuparon de la educación de los hijos de la nobleza y de las familias de los señores de la tierra. En 1578, el Colegio Seminario de Tepotzotlán fue reconocido por el papa Gregorio XIII como Colegio Seminario de la Compañía de Jesús.

Este colegio tenía su centro de actividades perfectamente delimitado y era un reflejo de las ideas de los jesuitas y de los señores de la tierra. En 1578, don Antonio Corzo, obispo de Tepotzotlán y gobernador de Tehuacan, mandó construir un templo en el cerro de San Mateo, para ser el centro de las actividades de los jesuitas. Este templo, que hoy es el templo de San Mateo, fue construido en 1578 y se conserva en su forma original.

En 1578, don Antonio Corzo, obispo de Tepotzotlán y gobernador de Tehuacan, mandó construir un templo en el cerro de San Mateo, para ser el centro de las actividades de los jesuitas. Este templo, que hoy es el templo de San Mateo, fue construido en 1578 y se conserva en su forma original.

Saludamos la aparición del Boletín del

MUSEO DEL VIRREINATO

en su edición de julio de 1987, que como señalan sus editores:

obedece primeramente al deseo de establecer un medio para ilustrar y difundir sistemáticamente el acervo histórico y artístico que conserva el Museo Nacional del Virreinato, haciéndolo llegar a un número creciente de personas.